

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE ADVIENTO

CICLO B

I Domingo de Adviento

“Velen ustedes”

Esta recomendación que nos hace Jesús en el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar nos introduce al objetivo del tiempo litúrgico que estamos empezando hoy, el Adviento, con el que comienza un nuevo año litúrgico.

El objetivo del Adviento es velar, hacer guardia por la noche. Es prepararnos para el amanecer. La Escritura compara a Jesús con el sol que nace. Este tiempo es entonces una preparación para el recuerdo anual que hacemos del amanecer del nacimiento de nuestro Señor hace dos milenios. Pero también es velar, hacer guardia para el último amanecer de la historia, cuando Cristo venga por segunda vez al final de los tiempos.

Una antigua costumbre de Adviento son las llamadas “Misas Rorate”, que se celebraban al momento de salir el sol, con toda la iglesia a oscuras y sólo iluminada con velas. Al concluir la Misa, amanece. Es una imagen de este significado del adviento, de la espera del amanecer, de la espera del Sol de Justicia, de Cristo.

La liturgia del Adviento se divide en dos partes, cada una referida a una de las dos venidas de Cristo. La primera parte se refiere a la preparación para la última venida, y la segunda al recuerdo de la Natividad.

En el Evangelio de Marcos que estaremos leyendo en este año, se encuentra el pasaje que hemos escuchado, en donde Jesús nos dice que no se sabe el cuándo llegará el momento en que regrese el dueño, en que regrese el Señor, si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada.

Podemos creer que falta mucho para el día final del mundo, y para nuestro día final, para nuestra muerte. Pero puede ser hoy mismo, en unos meses o en varios años. No lo sabemos. Por eso, tenemos que estar despiertos, como recomienda Jesús.

Si fuera hoy ese día, ¿estarías listo? No se trata de sembrar temor, sino de reflexionar de prepararnos para un encuentro alegre, como escuchamos en la primera lectura: “tú sales al encuentro del que practica alegremente la justicia”.

Los cristianos no tenemos miedo del retorno de Jesús. Queremos encontrarnos con él, como quiere alguien ver a quien ama. Por eso le decimos con el salmo: ven Señor. Esta es una expresión que los cristianos hemos dicho desde el inicio. Además de aparecer en griego, maranatha, al final de la primera carta a los corintios, es la forma en la que culmina la Biblia, en la última expresión que anota san Juan en el Apocalipsis.

El Señor vendrá. Tu y yo debemos preguntarnos: ¿con quién te vas a encontrar? ¿Con un desconocido o con Jesús, un amigo al que frecuentas, con el que hablas y con el que tienes una relación?

El Adviento es velar en espera del sol. Y siempre sale del oriente. Por ello, el Adviento es una invitación a recuperar la orientación correcta, que es el rostro de Dios, Jesucristo. A él nos uniremos para siempre, porque a eso hemos sido llamados, como leímos en la carta de San Pablo.

Hoy puedes reflexionar sobre qué te está apartando de Jesús. Puedes pensar qué te puede ayudar a tener una mejor amistad con Jesús.

Quizá sean los bienes terrenos a los que estás apegado. Tal vez en una falta de caridad activa con el prójimo. O en que no aceptas la voluntad de Dios,

sino que quieres que él cumpla lo que tú quieres. Date cuenta de que él es nuestro padre tierno y misericordioso, que eres hechura de sus manos. Él quiere lo mejor para ti. Sé dócil a sus manos pues, como leímos, somos el barro y Dios el alfarero.

Pidámosle la ayuda a María, nuestra maestra de la espera de Cristo, para que cada vez que encendamos una vela de la corona de Adviento, se encienda en nuestra alma la luz de Cristo, el sol que nace, la luz sobre toda luz, para que con su luz permanezcamos vigilantes a su venida.

II Domingo de Adviento

“Éste es el principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.”

San Marcos, a quien este año leemos, inicia así su Evangelio. Esta palabra, Evangelio, suele traducirse como “buena nueva”. Sin embargo, en su contexto original, Evangelio se refería a las proclamas de los emperadores romanos que tenían una cualidad: transformaban el mundo. No eran meras comunicaciones informativas, sino que tenían eficacia en la realidad por sí mismas. Jesús es la Palabra hecha carne. Es el mismo Evangelio. Es la Palabra que transforma al mundo.

San Marcos inmediatamente después escribe “de Jesucristo”, uniendo el nombre que se le puso al hijo de María con Cristo, el vocablo griego que hace referencia a “Mesías”, a ungido. Lo une porque en la palabra encarnada porque él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. Y después san Marcos anota que Jesucristo es “Hijo de Dios”, porque no sólo es hombre verdadero, sino también la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Comienza la lectura del Evangelio del Hijo de Dios, el ungido. Se inicia la lectura de una Palabra que es Vida, del Hijo de Dios, el ungido que por sí misma tiene el poder de transformar todo, que tiene el poder de transformarte a ti y de transformarme a mí.

Escucharé las palabras del Señor, escuchamos en el salmo. Las has escuchado, pero, ¿tomas el Evangelio como un mero relato de acontecimientos pasados, o buscas hacerlo vida en tu vida?

El Adviento es preparación para la venida de esa Palabra. Del recuerdo de su nacimiento, después de que se hiciera carne, y para su segunda venida, al final de la historia, cuando los cielos desaparecerán con gran estrépito, los elementos serán destruidos por el fuego y perecerá la tierra con todo lo que hay en ella, como escuchamos en la segunda lectura.

Para preparar la venida de Jesucristo, Dios envió a su primo, Juan el Bautista. Es él la voz quien había profetizado Isaías que vendría a pedir que se preparara el camino al Señor, que se enderezaran los senderos, que se allane lo escabroso, como leímos en la primera lectura y en el Evangelio.

Es una voz que te pide a ti, y que me pide a mí, que preparemos el camino al Señor. Y nos dice cómo prepararlo: allanando, es decir, removiendo obstáculos, y enderezando, quitando las desviaciones.

La forma que tenemos para preparar la venida de Jesús es arrepintiéndonos de nuestros pecados, que es lo que busca Dios, como escuchamos en la carta de San Pablo. Es haciendo una buena confesión en este tiempo de Adviento, porque de esa forma se enderezará nuestra vida, se removerán los pecados, esos obstáculos que nos dificultan ir a el encuentro del Señor. En la confesión el Señor te mostrará su misericordia y te dará la gracia del Salvador, como repetimos en el salmo.

Además de una buena confesión, en el proceder de san Juan Bautista que hemos leído encontramos otro ejemplo para prepararnos para la Navidad. Dice San Marcos que Juan usaba un vestido de pelo de camello, ceñido con un cinturón de cuero y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

Juan vivía con lo esencial. En los días previos a la Navidad, nuestra época nos invita a gastar, a consumir, a lo superficial. Quizá sea difícil que tengamos un Adviento austero. Pero lo que sí podemos es no perder de

vista lo esencial, que es el recuerdo de Jesucristo. Que nuestro Adviento no se quede en planeaciones de menú, en compras de regalos, en adornar. Que nuestro Adviento sea realmente una preparación para recibir al Niño, y una preparación para nuestro encuentro cara a cara con Jesús.

María, que conservaba la palabra de Dios en su corazón, que llevó en sí a la Palabra hecha carne de su carne, nos ayude a dejarnos transformar por la Palabra de Dios por medio del arrepentimiento, de una buena confesión, y del poner la mirada en lo esencial, en su hijo.

III Domingo de Adviento

“¿Quién eres tú?”

Es la pregunta que le hacen unos sacerdotes y levitas a Juan, derivada del entusiasmo que había suscitado entre los judíos el surgimiento de un nuevo profeta que, además, bautizaba con agua.

Juan les responde con la verdad y les dice que no es Elías, ni el Profeta ni el Mesías. Les dice que únicamente es la voz que grita en el desierto “Enderecen el camino del Señor”. Pero les advierte que viene alguien detrás de él, a quien no es digno de desatarle las correas de sus sandalias.

Juan nos indica que ya viene alguien grande. Ya quien escuchamos en la primera lectura: aquél sobre quien está el espíritu del Señor, el ungido, el enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros, y a pregonar el año de gracia del Señor.

¡Ya viene nuestro Salvador! Es por ello que la liturgia de hoy nos invita a vivir esta espera con alegría. Por esta temática, que ya aparece desde la antífona de entrada, este domingo se conoce como Gaudete, alégrense. Esta alegría, incluso puede llevarse a los ornamentos litúrgicos, que atenúan en morado con un poco de alegría, volviéndolos rosas.

El libro de Isaías nos invitó a alegrarnos con toda el alma. El salmo responsorial, que en esta ocasión no es un salmo, sino el cántico de María, el Magnificat, también nos hace referencia a esta alegría en la espera. María esperaba el nacimiento de Jesús glorificando al Señor, y con un espíritu lleno de júbilo en Dios, su salvador. Y la segunda lectura inicia con una exhortación de san Pablo: “Vivan siempre alegres”.

Los cristianos debemos vivir de forma alegre. La alegría cristiana no se traduce en diversión, en fiestas y en risas. Es una alegría nutrida por la esperanza en Cristo.

En nuestra vida se mezclan momentos de fiesta y sonrisas. El nacimiento de un hijo, un ascenso en el trabajo, la culminación de los estudios. Pero también hay momentos de dolor. Hay enfermedad, hay problemas familiares, ocasiones en que nos falta dinero, y muchos otros problemas. En estos momentos, el mensaje evangélico nos invita a vivirlos con alegría.

La alegría cristiana no es una anestesia del dolor. El sufrimiento es sufrimiento. Se llora. La alegría cristiana se funda en la esperanza: después de este sufrimiento, habrá algo mejor, que es el encuentro con Jesús. Los cristianos creemos y sabemos que el sufrimiento, el odio y la muerte no son las últimas palabras de la existencia humana. Sabemos que después del invierno viene la primavera. A la noche la sigue el día.

Una esperanza sin alegría es mero optimismo. Una alegría sin esperanza es sólo una sonrisa. La alegría cristiana viene acompañada de la esperanza, y la esperanza cristiana se acompaña de la alegría.

Este tiempo de espera a Jesús, este tiempo de la esperanza, este Adviento, es un buen momento para pensar si enfrentamos las dificultades con esperanza, y para pedirle a Dios que nos mantenga los ojos de la fe y de la esperanza siempre abiertos, para que, en nuestros inviernos personales, tengamos confianza en que después vendrá el tiempo de las flores y frutos, el tiempo de Jesús; y que después de la noche amanecerá, saldrá el Sol de Justicia, Jesucristo.

Pidámosle a María que nos enseñe a esperar a Jesús como ella lo hizo durante nueve meses: con un espíritu lleno de júbilo en Dios, nuestro salvador.

IV Domingo de Adviento

“Cúmplase en mí lo que me has dicho”

Con estas palabras, María aceptó el plan redentor de Dios. Palabras muy sencillas en comparación con la magnitud del acontecimiento que les seguiría: el Hijo de Dios se haría hombre en el seno de una mujer. Nuestro Dios decide volverse células humanas, un embrión que se desarrolla.

Estamos a punto de celebrar la Natividad del Señor, y en este último domingo de Adviento la liturgia nos recuerda que antes de que Jesús naciera en Belén, en el seno de la hija de Sión recibió la vida el mismo cuerpo que ahora nos nutre en la Eucaristía, y que en ese seno surgió la salvación y la paz para el género humano, como nos recuerda un prefacio de este tiempo.

El antiguo adversario tentó a una mujer, a Eva, y por su decisión y la de Adán le vino la ruina al género humano. Dios no nos abandonó, y prometió la salvación. Sus planes salvíficos, como leímos en la segunda lectura, se mantuvieron en secreto durante muchos siglos. Y a una humilde mujer de Nazaret se le revelaron estos planes por medio del Arcángel Gabriel.

Dios le había prometido a David que la salvación vendría por medio de su dinastía, que llegaría por un descendiente suyo, por alguien que fuera sangre de su sangre, como leímos en la primera lectura y en el salmo. Dios cumplió esta promesa en María, quien le dio la sangre de David a Jesús, quien le dio naturaleza humana al mismo Dios al decir “cúmplase”.

Dios podía haber elegido muchas formas para salvarnos. Pero, así como nuestra ruina vino de la decisión de una mujer, quiso que la salvación viniera por la decisión de la nueva Eva, de Santa María.

Dios esperaba el “sí” de esa joven para realizar su designio, pero quiso en todo momento respetar su dignidad y su libertad.

María fue superada por el Misterio. No entendía cómo puede ocurrir lo que le dice el Arcángel pues, como le responde, “¿Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?” Sin embargo, con un corazón humilde, y buscando que todo sea para la gloria de Dios dice “Amén”, así sea, cúmplase.

La gracia que perdimos por Eva nos fue devuelta en el Amén de María, y así inició la nueva vida, la sobreabundancia de la misericordia de Dios que sustituye a la sobreabundancia del pecado, como nos recuerda el prefacio.

Nosotros no podemos imitar a María concibiendo a Jesús en nuestro físicamente. Sin embargo, de este relato podemos sacar consecuencias para nuestra vida. Dice San Agustín que “María ha concebido por la fe” y que María “concibió a Cristo antes en el corazón que en el cuerpo”. Nosotros podemos, por tanto, imitarla concibiendo a Jesús espiritualmente por medio de la fe.

Si nos fijamos en el relato, María no dio su asentimiento como una resignación, como diciendo, “si no hay otra forma...” María aceptó con una palabra hágase que en el griego original (genoito) expresa alegría y deseo.

¿Cómo te comportas ante la voluntad de Dios? ¿Te molesta que no se acomode a tus deseos? ¿Simplemente te resignas ante ella? ¿O amas que se haga la voluntad de Dios, como dices en el Padrenuestro, y como hizo María?

El Evangelio narra que Gabriel le dice a María que “el Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.”

Pidámosle al Espíritu Santo que ha descendido sobre nosotros en el Bautismo y en la Confirmación que nos ayude a descubrir el misterio de Dios en nuestro corazón.

Nosotros no podemos concebir físicamente a Jesús. Pero lo podemos tener dentro de nuestro cuerpo, cada vez que lo recibimos en la Eucaristía. Es el mismo cuerpo que inició su existencia con la encarnación en María. El mismo.

Como parte del Rito de la Comunión, rezamos el Padrenuestro, en el que decimos “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Vamos a decirlo sinceramente. Antes de recibir la Comunión, se nos dice: “El Cuerpo de Cristo”. Nosotros respondemos “Amén”, las mismas palabras que dijo María. Que decirlo no sea un mero acto reflejo. Que sea una aceptación tan verdadera como la de María.

Así como tener a Dios en su seno le cambió la vida a María, pidámosle a Jesucristo al recibirlo que nos ayude a cambiar nuestra vida, para adecuarla a la voluntad de Dios. Quizá rompiendo una relación pecaminosa, quizá dejando de cultivar el rencor, quizá acercándonos a los sacramentos.

David quería construir una casa para Dios, como leímos. Y erigió un templo. Sin embargo, mejor casa que una levantada con piedras fue la construida con amor, el seno de María, en donde habitó durante nueve meses. Por eso en el rosario llamamos a María casa de oro, la torre de marfil y la torre de David. Ella es la concha en donde se guarda la perla más preciada, Jesucristo. En estos últimos instantes del Adviento, en la Navidad ya próxima, y en toda nuestra vida, refugiémonos en ella.